

- No como yo, querido hermano.
- También yo pienso algunas veces en mi querida.
- Sí, pero no siempre.
- También yo tengo contrariedades, y aun pesares.
- Sí, pero también satisfacciones, porque eres amado.
- ¡ Oh ! Tengo grandes obstáculos ; se exigen de mí grandes misterios.
- ¿ Exigen ? ¿ Has dicho exigen, hermano mío ? Si tu querida exige, también es tuya.
- Sin duda que es mía, es decir mía y del señor de Mayenné ; porque, confianza por confianza, Enrique, tengo precisamente el cortejo de ese lascivo Mayenne, una muchacha loca por mí, que dejaría á Mayenne, si no temiese que él la matase, pues bien sabes que es su costumbre matar á las mujeres. Por otra parte, yo detesto á esos Guisas, y me agrada... divertirme á costa de uno de ellos. Y bien, te digo y repito, que á veces tengo contrariedades, querellas, pero no por eso me pongo sombrío como un cartujo ; no tengo los ojos hinchados ; sigo riendo, si no siempre, á lo menos de

- vez en cuando. Vamos, dime á quién amas, Enrique. Á lo menos, ¡ es hermoso tu cortejo !
- ¡ Ay, querido hermano, no es mi cortejo !
- ¡ Es bella !
- ¡ Demasiado !
- Su nombre.
- No lo sé.
- ¡ Bah !
- Palabra de honor.
- Amigo mío, principio á creer que es aún más peligroso de lo que yo creía. ¡ Eso no es tristeza, á fe mía ! ¡ es locura !
- No me ha hablado más que una vez, ó más bien, no ha hablado más que una sola vez delante de mí, y desde entonces no he vuelto á oír el metal de su voz.
- ¿ Y tú no te has informado ?
- ¿ De quién ?
- ¿ Cómo de quién ? De sus vecinos.
- Habita en una casa sola, y nadie la conoce.
- ¿ Pero entonces es una sombra ?
- Es una mujer, grande y bella como una ninfa, seria y grave como el arcángel Gabriel.

— ¿Cómo la has conocido? ¿en dónde la has encontrado?

— Un día, seguía yo los pasos de una joven en la encrucijada de la Gypcienne, entré en el jardín que está unido á la iglesia, hay allí un banco bajo unos árboles. ¿Has entrado alguna vez en aquel jardín?

— Nunca; pero no importa, continúa: hay allí un banco bajo unos árboles, ¿luego?...

— La sombra principiaba á condensarse; perdí de vista á la joven, y buscándola llegué á aquel banco.

— Sigue, sigue, ya te escucho.

— Acababa de entrever de aquel lado un vestido de mujer; alargué la mano.

— Perdone usted, caballero, me dijo de súbito la voz de un hombre que yo no había percibido: «Perdone usted.» Y la mano de aquel hombre me separó suavemente, pero con firmeza.

— ¿Y osó tocarte, Joyeuse?

— Escucha; aquel hombre tenía la cara oculta en una especie de capucha; le tomé por un fraile, y además me impuso silencio con el tono afectuoso y atento de su advertencia, porque, al mismo tiem-

po que me hablaba, me mostraba con el dedo, á diez pasos, la mujer cuyo vestido blanco me había atraído hacia aquel lado, y que acababa de arrodillarse delante de un banco de piedra, como si fuese un altar.

Yo me detuve, hermano mío; esa aventura me sucedió hacia principios de Septiembre; corría un aire cálido; las violetas y las rosas que los fieles hacen crecer sobre las tumbas de aquel recinto, me enviaban sus delicados aromas; la Luna desgarraba una nube blanquecina por detrás del cimbanillo de la iglesia, y los vidrios principiaban á argentarse en su cima, mientras que se doraban al pie con el reflejo de los cirios encendidos. Amigo mío, fuese majestad del lugar, ó bien dignidad personal, aquella mujer arrodillada resplandecía para mí en las tinieblas como una estatua de mármol, y como si ella misma fuese en realidad de mármol. Me imprimió no sé qué respeto que me heló el corazón.

Yo la miraba con avidez. Ella se inclinó sobre el banco, lo cubrió con los brazos, pegó á él sus labios y vi al punto ondular sus hombros bajo el esfuerzo de sus suspiros y sollozos. ¡Jamás has oído

acentos semejantes, hermano mío, jamás acerado hierro ha desgarrado tan dolorosamente un corazón!

Derramando lágrimas, besaba la piedra con una embriaguez que me ha perdido; sus lágrimas me han enternecido, sus besos me han vuelto loco.

— La que estaba loca era ella, ¡ por vida mía! — dijo Joyeuse. — ¿ Acaso se besa una piedra así? ¿ se solloza de ese modo por nada?

— ¡ Oh! Lo que le hacía sollozar era un gran dolor; lo que le hacía besar la piedra era un amor profundo; pero, ¿ á quién amaba? ¿ á quién lloraba? ¿ por quién oraba? No lo sé.

— ¿ Pero no has preguntado á aquel hombre?

— Sí tal.

— ¿ Y qué te ha respondido?

— Que había perdido á su marido.

— ¿ Se llora acaso á un marido de ese modo? — dijo Joyeuse. — ¡ Pardiez que me agrada la respuesta! ¿ y te diste por satisfecho con ella?

— Preciso ha sido, puesto que no ha querido darme otra.

— Pero aquel mismo hombre ¿ quién era?

— Una especie de criado que habita con ella.

— ¿ Su nombre?

— Ha rehusado decírmelo.

— ¿ Es joven? ¿ viejo?

— Puede tener de veintiocho á treinta años.

— Veamos, y luego... no se ha quedado á orar y llorar toda la noche, ¿ no es verdad?

— No, cuando hubo acabado de llorar, es decir, cuando hubo agotado sus lágrimas, y gastado sus labios sobre el banco, se levantó, hermano mío; había en aquella mujer tal misterio de tristeza, que en lugar de adelantarme hacia ella, como lo hubiera hecho con cualquiera otra mujer, retrocedí. Entonces vino hacia mí, ó más bien por mi lado, porque ni siquiera me veía; en aquel momento un rayo de luna inundó su rostro, y me pareció iluminado, espléndido: había vuelto á tomar su melancólica severidad: ya no había en él nada de contracción, ningún estremecimiento, nada de lágrimas, á no ser el húmedo surco que habían formado. Sólo sus ojos brillaban aún. Su boca se entreabría con dulzura para respirar la vida que, un instante, había parecido pronta á abandonarla; dió algunos pasos con blanda languidez, como los que marchan en sueños: entonces el hombre corrió

á ella y la guió, porque parecía haber olvidado que marchaba sobre la tierra. ¡Oh! hermano mío, ¡qué imponente belleza, qué sobrehumano poder! Jamás he visto nada sobre la tierra que se le asemeje: sólo algunas veces, en mis sueños, cuando se abría el cielo, había visto bajar de él visiones parecidas á aquella realidad!

— ¡Después, Enrique, después?... — preguntó Ana, interesándose á su pesar en la relación de que al principio había tenido intención de reirse.

— ¡Oh! Bien pronto voy á concluir, hermano mío. Su criado le dijo algunas palabras en voz baja, entonces ella echó su velo. Sin duda le decía que estaba yo allí, pero ella ni aun miró hacia mi lado; echó su velo, y yo no la he visto más, hermano. Parecióme que acababa de obscurecerse el cielo, y que no era ya una criatura viviente, sino una sombra salida de las tumbas que se deslizaba silenciosa delante de mi por entre las crecidas hierbas.

Salió de aquel recinto y la seguí.

De vez en cuando el hombre se volvía y podía verme, porque no me ocultaba, tan aturdido estaba yo; ¿qué quieres? aun conservaba los antiguos há-

bitos vulgares en el espíritu, la antigua levadura grosera en el corazón.

— ¿Qué quieres decir, Enrique? — preguntó Ana, — no te comprendo.

El joven sonrió.

— Quiero decir, hermano mío, — respondió, — que mi juventud ha sido bulliciosa, que he creído amar á menudo, y que para mí todas las mujeres hasta aquel momento habían sido mujeres á quienes podía ofrecer mi corazón.

— ¡Oh! ¡oh! ¿quién es, pues, esa mujer? — replicó Joyeuse tratando de recobrar su jovialidad algún tanto alterada por la confidencia de su hermano. — ¡Cuidado, Enrique! Tú te extravías; ¿no es una mujer de carne y hueso?

— Hermano mío, — dijo el joven apretando la mano de Joyeuse febrilmente, y en voz tan baja que apenas llegaba al oído de su hermano mayor, — tan cierto como Dios me oye, que no sé si es una criatura de este mundo.

— ¡Voto al chápiro, — respondió el hermano, — que me causarías miedo, si un Joyeuse pudiese nunca tener miedo!

Luego tratando de recobrar su jovialidad:

— Pero en fin, — añadió, — lo cierto es que ella anda, que llora, y que da sendos besos : tú mismo me lo has dicho, y me parece que esto es de bastante buen agüero, querido amigo ; pero no está todo en eso, veamos ; ¿ después, después ?...

— Después, hay muy poca cosa : la seguí, ella no trató de esquivarme, de variar de camino, de tomar uno falso ; ni aun pensaba en ello.

— Y bien ; ¿ en dónde habita ?

— Del lado de la Bastilla, en la calle de Lesdiguières ; á su puerta, se volvió el que la acompañaba y me vió.

— ¿ Entonces le hiciste alguna seña para darle á entender que deseabas hablarle ?

— No me atreví ; es ridículo lo que voy á decirte ; el criado me imponía casi tanto como el ama.

— No importa. ¿ Entraste en la casa ?

— No, hermano mío.

— En verdad, Enrique, que estoy para desconocerle por un Joyeuse ; ¿ pero á lo menos volviste al día siguiente ?

— Sí, pero inútilmente ; inútilmente á la Gypcienne, inútilmente á la calle de Lesdiguières.

— ¿ Había desaparecido ?

— Como una sombra.

— ¿ Pero en fin te informaste ?

— La calle tiene muy pocos habitantes, y nadie puede dar razón ; estuve acechando al hombre para preguntarle, pero no pareció más que la mujer ; sin embargo, una luz que yo veía brillar por la noche á través de las celosías, me consolaba indicándome que seguía allí. Empleé mil medios de penetrar en la casa ; billetes, mensajes, flores, regalos, todo fué inútil. Una noche desapareció á su vez la luz, y no volvió á aparecer ; la señora, fatigada sin duda de mis persecuciones, había dejado la calle de Lesdiguières ; nadie conocía su nueva residencia.

— ¿ Sin embargo, has vuelto á hallar á esa bella salvaje ?

— La casualidad lo ha hecho ; soy injusto, hermano mío, fué la Providencia, que no quiere que se arrastre así la vida : verdaderamente es extraño. Pasaba yo por la calle de Bussy hace quince días, á media noche ; ya sabes, hermano mío, que las ordenanzas sobre el fuego son ejecutadas con severidad ; y bien, no sólo vi fuego en las vidrieras de una casa, sino un verdadero incendio que estallaba en el segundo piso.

Llamé á la puerta, y se presentó un hombre.

— ¡ Que se quema vuestra casa ! grité.

— ¡ Silencio por piedad ! me respondieron, ¡ silencio ! estoy ocupado en apagarlo.

— ¡ Queréis que llame la ronda ?

— ¡ No, no, en nombre del cielo ! no llaméis á nadie.

— ¡ Sin embargo, si pudiesen ayudar á usted ?

— ¡ Lo queréis ? Entonces venid y me haréis un servicio á que os estaré agradecido toda mi vida.

— ¡ Y cómo queréis que vaya ?

— Ahí tenéis la llave de la puerta.

Y me me echó una llave por la ventana.

Subí rápidamente las escaleras y entré en el cuarto, teatro del incendio.

Estaba ardiendo el pavimento; yo me hallaba en el laboratorio de un químico; estando él haciendo no sé qué experimento, se había derramado por el suelo un licor inflamable, y de allí se originó el incendio.

Cuando entré, aquel químico era ya dueño del fuego, lo que hizo que yo pudiese mirarle.

Era un hombre de veinte y ocho á treinta años;

á lo menos me pareció de esa edad; una espantosa cicatriz le surecaba la mitad de la cara, y otra el cráneo; su poblada barba ocultaba el resto de su rostro.

— Os doy gracias, caballero; pero, como veis, ya está todo apagado; si sois tan galante como parecéis, tened la bondad de retiraros, porque de un momento á otro podría entrar mi ama, y se irritaría viendo á un extranjero en mi casa, ó más bien en la suya.

El metal de aquella voz me dejó inerte y casi espantado. Abría la boca para decirle: « Usted es el hombre de la Gypecienne, el de la calle de Lesdiguières, el de la dama incógnita; » porque recordarás, hermano mío, que iba cubierta de una capucha, que yo no había visto su cara, y que sólo había oído su voz. Iba á decirle eso, é interrogarle ó suplicarle, cuando de súbito se abrió una puerta, y entró una mujer.

— ¡ Qué es lo que hay, Remy ? — preguntó deteniéndose majestuosamente en el umbral de la puerta; — y ¡ qué es ese ruido ?

— ¡ Oh, hermano mío ! Estaba más bella aún al moribundo fuego del incendio, de lo que me

había parecido á los rayos de la luna ! ¡ Era ella !
¡ era aquella mujer cuyo incesante recuerdo me
consumía el corazón !

Al grito que lancé, el criado me miró con más
atención á su vez.

— Gracias, caballero, — me dijo otra vez, —
gracias; pero ya veis que el fuego está apagado.
Os suplico que os retiréis.

— Amigo mío, le respondí, — usted me despide
con bastante dureza.

— Señora, — dijo el criado, — es él.

— ¿ Quién ? — preguntó la señora.

— Aquel joven caballero que hemos encontrado
en el jardín de la Gypecienne, y que nos ha seguido
hasta la calle de Lesdiguières.

La señora fijó en mí una mirada, y por ella com-
prendí que me miraba por la primera vez.

— Caballero, — dijo, — por favor alejaos de
aquí.

Yo vacilaba, quería hablar, suplicar; pero falta-
ban las palabras á mis labios; quede inmóvil y
mudo, ocupado en mirarla.

— ¡ Cuidado, caballero ! — dijo el criado con

más tristeza que severidad, — ¡ cuidado ! porque
forzaréis á esta señora á huir otra vez.

— ¡ Oh ! ¡ No lo quiera Dios ! — respondí incli-
nándome; — pero, con todo, señora, yo no os
ofendo.

Ella no me respondió. Tan imposible, tan muda,
tan helada, cual si no me hubiese oído, se volvió, y
la vi desaparecer gradualmente en la sombra,
bajando los peldaños de la escalera, sobre la que no
resonaban sus pasos más que resonarían los de una
fantasma.

— ¿ Y es eso todo ? — preguntó Joyeuse.

— Todo. Entonces el criado me condujo hasta la
puerta, diciéndome :

— ¡ En nombre de Jesús y de la Virgen María,
os suplico que os olvidéis de ella !

Huí fuera de mí, extraviado, apretando mi
cabeza con ambas manos, y preguntándome si no
me volvía loco.

Desde entonces, todas las noches voy á aquella
calle, y hé ahí por qué, al salir de las casas consis-
toriales, se han dirigido mis pasos hacia este lado,
naturalmente; todas las noches, decía, voy á esa
calle, me oculto en el ángulo de una casa que está

enfrente de la suya, bajo un pequeño balcón cuya sombra me cubre completamente; esa es mi vida, esa es mi felicidad.

— ¡ Qué felicidad ! -- exclamó Joyeuse.

— ¡ Ay ! La perdería si desease otra.

— ¡ Pero si tú mismo te estás perdiendo con esa resignación !

— ¡ Qué quieres, hermano mío ? -- dijo Enrique con una triste sonrisa, -- soy feliz de ese modo.

— Es imposible.

— ¡ Por qué ? La felicidad es relativa; sé que ella está allí, que vive allí; la veo á través de la muralla, ó más bien me parece verla; si ella dejase aquella casa, si aun pasase yo quince días como los pasé cuando la perdí, hermano mío, me volvería loco, ó me metería en un convento.

— ¡ No, por vida mía ! Bastante hay ya con un loco y con un monje en la familia. No pasemos adelante, querido amigo.

— No me hagas observaciones, Ana; nada de zumbas; las observaciones serían inútiles, y las zumbas no lograrían nada.

— ¡ Y quién te habla de observaciones ni de zumbas ?

— Entonces, en buen hora... Pero...

— Déjame solamente decirte una cosa.

— ¡ Qué cosa ?

— Que te conduces en eso como un novel estudiante.

— Yo no he hecho combinaciones ni cálculos; me he dejado arrastrar, me he abandonado á algo más fuerte que yo. Cuando una corriente nos arrebatara, más vale seguir la corriente que luchar contra ella.

— ¡ Y si la corriente conduce á algún abismo ?

— Es preciso sepultarse en él, hermano mío.

— ¡ Esa es tu opinión ?

— Sí.

— Pues no es la mía, y yo en tu lugar...

— ¡ Qué hubieras hecho, Ana ?

— Bastante para saber su nombre, su edad; en tu lugar...

— ¡ Ana, Ana, tú no la conoces !

— No, pero te conozco á ti. ¡ Cómo, Enrique ! Tenías cincuenta mil escudos que te he dado de los cien mil que me regaló el rey el día de su cumpleaños...

— Aun están en mi cofre, Ana, sin faltar uno.

— ¡Por vida de bríos! tanto peor. Si no estuvieran en tu cofre, la mujer estaría en tu alcoba.

— ¡Oh! ¡hermano mío!

— No hay ¡oh! que valga. Un criado ordinario se compra por diez escudos; uno bueno por ciento, uno excelente por mil, uno maravilloso por tres mil. Ahora bien; supongámosle el fénix de los criados: supongámosle el dios de la fidelidad, y por veinte mil escudos, ¡voto al chápíro! será tuyo. Por consiguiente, aun te quedaban cien mil libras para el fénix de las mujeres entregada por el fénix de los criados. Enrique, amigo mío, eres un bobo.

— Ana, — dijo, Enrique, suspirando, — hay personas que no se venden, hay corazones que aun un rey no es bastante rico para comprar.

Joyeuse se calmó.

— Y bien; lo admitió, — respondió, pero no los hay que no se den.

— En buen hora.

— Y bien; ¿qué has hecho para que se te diese el corazón de esa bella insensible?

— Tengo la convicción, Ana, de haber hecho cuanto hacer podía.

— Vamos, conde del Bouchage, estáis loco. Veis

una mujer triste, encerrada, gimiendo, y os hacéis más triste, más recluso, más quejumbroso, es decir, ¡ más abrumante que ella! Habláis de las maneras vulgares del amor y sois banal como un comisario de barrio. Está sola, hacédele compañía; está triste, poneos alegre; tiene pesares, consoladla y reemplazad.

— Imposible, hermano mío.

— ¿Lo has probado?

— ¡Y para qué probarlo!

— ¡Pardiez! aunque no fuese más que por probarlo. ¿No dices que estás enamorado?

— No conozco palabras con qué expresar mi amor.

— Y bien, dentro de quince días tendrás á tu querida,

— ¡Hermano mío!

— Á fe de Joyeuse. Espero que tú no habrás perdido las esperanzas.

— Nó, porque jamás las he tenido.

— ¿Á qué hora la ves?

— ¿Á qué hora la veo?

— Sin duda.

— ¿No te he dicho que no la veía?

- ¿Jamás?
- Jamás.
- ¿Ni aun á la ventana?
- Te digo que ni aun su sombra.
- Es preciso que eso termine. Veamos, ¿tiene un amante?
- Jamás he visto á ningún hombre entrar en su casa, excepto Remy, de quien te he hablado.
- ¿Qué señas tiene la casa?
- Dos pisos, pequeña puerta sobre una grada, azotea sobre la segunda ventana.
- Pero, ¿no se puede entrar por esa azotea?
- Está aislada de las otras casas.
- Y enfrente, ¿qué hay?
- Otra casa casi igual, aunque me parece que es más alta.
- ¿Y quién habita esa casa?
- Una especie de ricacho.
- ¿De bueno ó de mal genio?
- De bueno, porque á veces le oigo reir á solas.
- Cómprale la casa.
- ¿Quién te dice que la quiera vender?
- Ofrécele el doble de lo que vale.

- ¿Y si la dama me ve allí?
- ¿Qué?
- Volverá á desaparecer, mientras que, disimulando mi presencia, espero volver á verla un día ú otro.
- La verás esta noche.
- ¿Yo?
- Ve á acampar bajo su balcón á las ocho.
- Iré, como todas las noches, pero sin más esperanza que en las demás.
- Á propósito, ¿las señas exactas?
- Entre la puerta Bussy y el hotel de San Dionisio, casi en la esquina de los Agustinos, á veinte pasos de una gran fonda que tiene la muestra: *Á la Espada del bizarro Caballero.*
- Muy bien; ¡esta noche á las ocho!
- ¿Pero qué vas á hacer?
- Ya lo verás; tú lo oirás. Entretanto, vuelve á tu casa, encapíllate tu mejor traje, toma tus más ricas joyas, y derrama sobre tus cabellos las más finas esencias: esta noche entrarás en la plaza.
- ¡Dios te oiga, hermano mío!
- Enrique, cuando Dios está sordo, no lo está el

diablo. Te dejo, porque me aguarda mi cortejo; no, quiero decir el cortejo del señor de Mayenne. ¡ Por vida mía! esa no es una beata.

— ¡ Hermano mío!

— Perdona, bello servidor de amor; no hago ninguna comparación entre esas dos señoras; estáte bien persuadido, aunque según lo que me has contado, prefiero la mía, ó más bien la nuestra. Pero me está esperando, y no quiero hacerla esperar. Adiós, Enrique, hasta esta noche.

— ¡ Hasta esta noche, Ana!

Los dos hermanos se estrecharon la mano y se separaron.

El uno, al cabo de doscientos pasos, levantó atrevidamente y dejó caer el llamador de una hermosa casa gótica situada en el atrio de la catedral.

El otro se metió silenciosamente por una de las tortuosas calles que van á dar al Palacio.

VII.

En que la Espada del bizarro Caballero tuvo razón contra el osal de amor.

Durante la conversación que acabamos de referir, había llegado la noche, envolviendo en su húmedo manto de brumas la ciudad, tan bulliciosa dos horas antes.

Además, muerto Salcedo, los espectadores habían pensado en volverse á sus moradas, y sólo se veían algunos pelotones desparramados por las calles, en lugar de aquella cadena no interrumpida de curiosos